

Estados Unidos: la "nueva izquierda" y sus economistas

JACQUES ATTALI

Teoría económica y fenómeno jipi: una mixtura tan insólita sólo es posible en la compleja efervescencia de las ideas en los Estados Unidos de hoy. Al inscribirse entre las múltiples corrientes que ponen en cuestión el orden establecido, la nueva ciencia económica radical se inspira, a la vez, en el anarquismo libertario, en diversas formas de marxismo y en el "jipismo" pacífico. Independientemente de la diversidad y aun la ambigüedad de estas fuentes, no puede ignorarse por más tiempo el papel de esta corriente en la evolución de las ideas y los programas políticos estadounidenses. Puede decirse que cada día será menos marginal, a pesar o posiblemente a causa de sus orígenes académicos, de sus referencias ideológicas y en ocasiones incluso de la lozanía de su lenguaje.

Si dejamos de lado a los gloriosos precursores de principios de siglo (como Veblen) o de la posguerra (como Baran y Sweezy), el movimiento radical de la reflexión económica nació hacia fines de 1968 cuando algunos jóvenes estudiantes y profesores crearon la Union for Radical Political Economics (URPE), cuya sede se encuentra en la Universidad de Michigan (2503 Student Activities Building, University of Michigan, Ann Arbor, Michigan 48104). Sólo un año más tarde, *Monthly Review*, la conocida revista de izquierda, publicó un manifiesto en el cual los economistas radicales señalaban, a grandes rasgos, sus críticas a la ciencia económica y los ejes de su trabajo. Hasta ese momento ninguno de los grandes economistas tomaba verdaderamente en serio a ese pequeño grupo de jóvenes de larga cabellera que salía a escandalizar en las asambleas de la todopoderosa American Economic Association.

Tres años más tarde todo ha cambiado y los radicales son actualmente una potencia, al menos en el terreno intelectual. Además se han organizado: la URPE agrupa a mil quinientos miembros, de los cuales, dato significativo, cinco son profesores en Harvard, siete en Columbia, ocho en la American University. Los dirigentes de este movimiento son prácticamente desconocidos: antiguos clásicos "conversos" (como Gurley, que fue un monetarista de renombre) o jóvenes profesores como Sherman, Weisskopf, Bluestone, Edwards, Zweig, James O'Connor y Samuel Bowles.

Este rápido éxito puede explicarse por la convergencia de varios factores: de una parte, la puesta en duda, planteada en numerosos sectores, desde los jipis revolucionarios o simplemente liberales, de las finalidades del crecimiento económico y, por lo tanto, de las de la ciencia económica misma; de otra parte, la irrupción simultánea, profundamente sentida en los *campus* universitarios, de la guerra de Vietnam, el problema racial y el surgimiento de China, que cristalizan las diversas oposiciones al sistema social y económico norteamericano; en fin, la desaparición, con el asesinato de los hermanos Kennedy, de los principales líderes capaces de dirigir la juventud hacia corrientes reformistas. Jóvenes estudiantes y profesores profundamente sublevados por el abismo existente entre la disciplina

teórica que se les enseñaba y a la violenta realidad de su país, buscaron una nueva respuesta y se volvieron, unos hacia el anarquismo, otros hacia las diversas tendencias marxistas, o incluso hacia la socialdemocracia en el sentido que se le da en Europa occidental.

Jóvenes, contradictorios y ambiguos, los teóricos económicos de la *New Left* se definen primero contra el sistema capitalista, considerado como el responsable de todos los problemas de la sociedad estadounidense. Uno de los más importantes, Zweig, escribe: "a través del mundo los hombres se baten por la libertad, contra la opresión de los racistas, el dominio de los imperialistas, contra las necesidades creadas por la sofisticación y la sociedad de consumo, contra el mal llamado interés general; la agresión es el problema, la liberación la solución del mismo".

Los radicales denuncian en bloque los beneficios, los monopolios, la desigualdad, el militarismo, la contaminación ambiental, el racismo, el machismo, el sistema político estadounidense (una "democracia fascista", según Fushfeld). Para ellos, si la lucha de clases es el único motor de la historia, el centralismo burocrático de los regímenes socialistas es tan condenable como la injusticia capitalista. Todos se consideran defensores de la democracia política y los sistemas descentralizados.

Por consecuencia, a volver compatibles la libertad y la igualdad deben tender las ciencias humanas; la ciencia económica no llena, según ellos, tal función: al contrario, al aceptar todas las reglas del sistema capitalista, ayuda, por medio de los paliativos que concibe, a perpetuarlo sin resolver ninguna de las grandes desigualdades que provoca. "Tienda llena de cajas vacías", la ciencia económica se complace en debates secundarios, meramente formales en apariencia "concretos", pero totalmente secundarios, como, por ejemplo, las discusiones sobre los papeles respectivos de las políticas fiscal y presupuestaria. Aún más grave es el problema etnocéntrico, que concede un lugar privilegiado al hombre blanco.

Para Zweig, el papel de los radicales es, por lo tanto, crear "una ciencia económica que sea una parte de la solución y no una parte del problema". Sobre este aspecto, actualmente poseen el apoyo de algunos de los más importantes intelectuales norteamericanos. John Kenneth Galbraith escribió recientemente: "los modelos económicos sirvieron frecuentemente para desviar la atención de las cuestiones socialmente más apremiantes que tenían implicaciones graves para la acción política... No era una ciencia sino un sistema de creencias".

Por otra parte, Paul M. Sweezy declaró: "una pretendida ciencia que tenga como punto de partida una concepción errónea o insuficiente de la realidad no puede producir resultados verdaderamente importantes, por refinados que sean sus métodos".

El plan de trabajo de la economía radical, pues, desea ser muy claro, se trata de confrontarla con los problemas de la injusticia y la desigualdad bajo todas sus formas: la pobreza en Estados Unidos, el deterioro urbano, el desequilibrio natural, la concentración del poder industrial y político, el subdesarrollo.

Nota: Este artículo se publicó originalmente, con el título de "La 'nouvelle gauche' et ses économistes", en *Le Monde*, París, 16 de mayo de 1972. [Traducción de Jaime Labastida.]

Desde ahora, numerosas publicaciones demuestran la riqueza de esta corriente del pensamiento; la revista de la URPE, *Review of Radical Political Economics* (popularmente conocida como "URPE Journal"), completa a la antigua *Monthly Review*, y en ella se encuentran artículos bastante profundos, en los que el aparato matemático desempeña un papel importante y en los que se analizan concretamente los problemas que formula la economía radical.*

Entre los numerosos libros ya publicados, destacan el ya célebre de Angus Black, *A Radical Guide to Economic Reality*, violento alegato anarquista, asombrosa trasposición de tesis friedmanianas al universo radical; *Radical Political Economy*, de Shermann, un análisis marxista muy serio del sistema económico norteamericano; *The Capitalist System*, un manual radical para uso de los estudiantes en donde los textos de quienes firman el libro (Edwards, Reich, Weisskropf) aparecen al lado de los "grandes antepasados", como Marx, Fromm e incluso Galbraith, definitivamente incorporado. Los capítulos esenciales de este libro reciben los nombres de: "Desigualdad", "Enajenación", "Racismo", "Machismo", "Irracionalidad", "Imperialismo". Evidentemente se está muy lejos de la *Economics* de Paul Samuelson, que ha reinado como el amo absoluto de varias generaciones de estudiantes norteamericanos.

Además, está por aparecer en fecha próxima un manual de Hunt y Shermann en el que confrontan la teoría radical y la teoría clásica. De otra parte, estos jóvenes profesores inventan nuevos métodos pedagógicos, acompañan a sus alumnos a las fábricas y los *ghettos* rehusan darles apuntes y participan en el renacimiento de la vida comunitaria en los *campus*.

La profundidad de sus artículos y de sus libros, el nivel científico (sobre todo matemático) de los jefes radicales, la formidable flexibilidad del sistema político y social norteamericano, explican que, desde ahora, la corriente radical haya adquirido en Estados Unidos una relativa aura de respetabilidad. Doce economistas radicales, al lado de la conocida economista inglesa Joan Robinson, hablaron en diciembre de 1971, en el Congreso de la American Economic Association. Consagración suprema: tres de los radicales más conocidos (Shermann, Bluestone y Dowd), han sido invitados a exponer sus puntos de vista ante el Joint Economic Committee del Congreso, en febrero de este año; por último, trece mil dólares acaban de ser asignados por entidades fiscales a tres miembros de la URPE para estudiar la transformación de la personalidad tanto en la escuela como en el trabajo.

Pero posiblemente aún más que por sus propias actividades intelectuales sea por las reacciones suscitadas —violentas o razonadas, negativas o asimilatorias— que estos jóvenes economistas atraen la atención.

En el momento en que se desarrollaba una polémica famosa, Robert Solow, uno de los "papas" de la American Economic Association, declaró (noviembre de 1970): "la ciencia económica radical tal como se ha practicado contiene más y no menos fraseología que la ciencia económica tradicional... Si

hemos despreciado a la ciencia económica radical es porque es despreciable". Para estos adversarios irreductibles, los radicales, al oponerse por igual al sistema de mercado y al centralismo burocrático no resuelven para nada el problema fundamental de la ciencia económica, el de la elección entre estos dos sistemas.

Pero los más notables economistas no se han colocado en este campo de oposición violenta, sino que ven en el crecimiento del radicalismo teórico un factor importante de la evolución del pensamiento económico en Estados Unidos. Para Friedmann, siempre al acecho de justificaciones para sus propias tesis, "los radicales son útiles porque destruyen el mito de que la solución de todos los problemas está en el incremento de los gastos públicos". Para Samuelson "sería imperdonable no conceder la atención, el interés y la respuesta que sus cualidades y su profundidad [de los radicales] merecen". Por lo que toca a Galbraith profetizó desde septiembre de 1970: "la ciencia económica será puesta a discusión, estará políticamente en peligro y quizá durante un largo tiempo sus modelos sean intelectualmente poco elegantes... pero, en compensación, serán pertinentes frente a las inquietudes más inmediatas y formidables de la sociedad industrial".

De hecho, la enorme máquina de la reflexión económica en Estados Unidos se reorienta lentamente bajo el efecto del aguijón radical. W. Heller, por ejemplo, trabaja sobre la economía del problema racial, Galbraith prepara un libro sobre la economía de la cultura, Ackoff, especialista en teoría de sistemas, enseña actualmente el uso que se puede hacer de ellos en el análisis de los problemas sociales.

La economía radical, sin embargo, no está aún en condiciones de proponer un programa de acción económica global y coherente que responda a las injusticias que analiza. *The Capitalist System*, por ejemplo, no consagra más de veinte páginas a la exposición de la fórmula económica socialista.

Shermann es más concreto cuando declara como posible, apoyado en cifras, la instauración de una sociedad de abundancia en Estados Unidos, en la que sean gratuitos todos los bienes de consumo, se reduzca la duración de la jornada de trabajo algunas horas por día, se suprima la publicidad creadora de necesidades inútiles, todo ello por la nacionalización de las mil más grandes empresas norteamericanas; al filo de los artículos, los libros y las discusiones se verá nacer un verdadero pensamiento radical en el que el Estado pierda lo esencial de sus atributos coercitivos para ejercer un papel redistributivo, en el que las grandes empresas sean desmanteladas, las pequeñas comunidades restauradas y el sistema social completamente reorientado hacia las aspiraciones culturales, no obstante, los radicales están divididos en cuanto a la estrategia que deben seguir: si bien es cierto que algunos han sido seducidos por la violencia de los movimientos revolucionarios o suscriben incluso la fórmula terrible de Abbie Hoffman, dirigente del Youth International Party (YIP): "La revolución sin ton ni son, sólo para ver", la mayor parte de ellos creen en la ventaja de la propagación de las ideas y en la no violencia, más cerca del movimiento jípi que de cualquier otro.

De este modo, el radicalismo teórico que emergió del radicalismo desesperado de los *ghettos* y de la guerra, ha sido en parte asimilado hoy por los demócratas liberales; sin duda alguna jugará un papel importante en la evolución del pensamiento económico norteamericano. El problema consiste en saber si, y en qué plazo, la acción política del Gobierno de Estados Unidos será modificada por él, posiblemente entonces la Europa occidental sea vuelta abiertamente hacia su izquierda por una Norteamérica en la que los reformistas inteligentes habrán sabido escuchar a los teóricos sensibles, a los verdaderos desafíos de los tiempos modernos.

* En números recientes del "Journal" se trataron los siguientes temas: "La guerra y la economía" (agosto de 1970); "Estudios de caso sobre imperialismo y desarrollo" (primavera de 1971); "Capitalismo, desigualdad y pobreza" (verano de 1971); "Educación y estructura de clases" (otoño de 1971), y "Dependencia y dominación extranjeras en el Tercer Mundo" (invierno de 1971). Uno de los números de la próxima aparición estará dedicado al análisis de la política económica de Nixon. La URPE publica además "Documentos ocasionales" (Occasional Papers) y "Documentos de Conferencias" (Conference Papers). Todas estas publicaciones se envían a los miembros de la URPE, cuyas cuotas de afiliación (anuales) son de 15 dólares para miembros de alto ingreso; 7.50 dólares para miembros de bajo ingreso y 25 dólares para instituciones o bibliotecas. [N. del T.]